

Primer capítulo

Prólogo

La habitación, de techo alto y abultados cortinajes, permanecía en tinieblas. Una hebra de sol se filtraba por la rendija de la ventana hiriendo con su cicatriz luminosa la madera del piso antes de morir a media altura en la pared contraria. En el alféizar, la figura femenina parecía seccionada en mitades asimétricas por una cuchilla de cobre. Tenía los ojos entornados, y un gesto de infinito cansancio avejentaba sus facciones. El cabello, recogido en la nuca, dificultaba el cálculo de su edad.

—¿Cómo se encuentra?

Nadie, poco acostumbrado a la precaria luz del dormitorio, adivinaría a quién iba dirigida la pregunta. La silueta oscura, de contornos aproximadamente humanos, hundida bajo el cobertor, emitió un largo quejido entreverado de murmullos incomprensibles. Junto a la cama, antigua, voluminosa, una sombra se removió en su asiento antes de responder:

—Está ocurriendo de nuevo. Deberías ayudarme.

Apresurada, la mujer abandonó la espera junto a la ventana para acudir en auxilio de su compañera. La seguridad con que ciñó la correa alrededor de la muñeca del hombre que yacía en el lecho indicaba un gesto repetido por manos expertas. Luego, acariciándole el brazo con celo maternal, instó a la joven a que imitara su acción en el contrario.

—Asegúrate de que no pueda soltarse.

—No volverá a suceder.

La mujer de mayor edad asentía cuando un gemido hiriente, imposible para cualquier garganta, comenzaba a manar del cuerpo exánime.

—¿Cuánto lleva dormido? —inquirió.

La chica consultó su reloj y la luz de la esfera hizo que se mostraran sus facciones como surgidas de la nada.

—Casi una hora.

Frunció en ceño; al parecer, ese dato complicaba las cosas.

—No debimos consentirlo nunca —su voz se truncó con el movimiento de la cama: el yaciente, en un escorzo convulso, doblaba las piernas para dejarlas caer bruscamente contra el lecho. Tres, cuatro veces... Al poco, la violencia de los espasmos hacía que el cabecero de metal dorado crujiera por las uniones y golpeará la pared llenando la casa con el parcheo de un sombrío y lejano tambor. Los lamentos iniciales se tornaron alaridos inhumanos que erizaban la piel de cuantos los escuchaban. En la cocina, dos plantas por debajo, la guardesa, estremecida, se cubría los oídos con manos temblorosas. Su marido le pasó el brazo sobre los hombros en un gesto tranquilizador y ella se dejó envolver: *Se morirá en cualquier momento...; se va a morir...*, murmuraba entre sollozos.

—¡Despierta, Sergio! —en la distancia del piso superior, el tono femenino trataba de mostrar autoridad pero se desvanecía sin lograrlo ante sucesos imposibles de superar. Los guardeses comprendieron que Marcia haría cuanto estuviese en su mano, aun convencida de que serviría de poco.

—Ayúdalas...

—No quieren allí a nadie, Celia. Lo sabes.

La anciana mitigó de nuevo el movimiento convulso de su cuerpo en el pecho de su esposo.
Se va a morir...

Arriba, ambas mujeres, sujetando con su peso los hombros convulsos de quien gemía de pánico, rogaron para que el estertor frenético que desplazaba la cama de su lugar acabara cuanto antes.

—Por Dios, Sergio; despierta... —la voz, femenina y madura, era casi una oración—. Vuelve con nosotras...

Como suspendido en el tiempo un instante eterno, el lecho detuvo sus convulsiones. Fue un espejismo; enseguida recuperó su caótico movimiento, pero la cadencia ya se estaba espaciando y la intensidad decrecía con el transcurrir de los segundos. Algo más tarde, la chica suspiró aliviada.

Marcia irguió el cuerpo. Su hermano la observaba con gesto descompuesto y respiración jadeante. Era un par de ojos marinos, de pez asfixiado, que la miraban sin ver. Casi podía escucharse el ritmo desacompasado de su corazón.

Desorientado, giró el rostro hacia uno y otro lado hasta convencerse de que el entorno le era familiar. Entonces hundió la cabeza en la almohada empapada en sudor y entornó los párpados. Un hilo de saliva coronada de espuma le llegaba hasta el mentón.

—Las he visto —gimoteó—. He estado con ellas.

—Tienes que abandonar...

— ¡No! —atajó él tratando de incorporarse—. ¡Desátame!

Cuando se vio libre, se sentó en el borde de la cama y, con el rostro entre las manos, comenzó a sollozar.

—No las abandonaré; nunca las dejaré solas. Lo sabéis.

Madre e hija, cruzaron una mirada de entendimiento.

—Hay que poner fin a esto, Shasha.

La muchacha sonrió por primera vez en toda la tarde. Era el suyo un gesto pleno, inmodesto, de quien conoce la respuesta. Se puso en pie y, con la seguridad de su juventud, llegó hasta la ventana y descorrió las cortinas. La luminosidad mortecina de la tarde invadió el dormitorio e hizo que el hombre entornara los ojos con gesto dolorido. Al elevar la mirada se evidenció la herida que le cruzaba el rostro desde la frente. Carecía de nariz, y la boca permanecía entreabierta obligada por la deformación traumática de la mandíbula. Un apósito exudado le cubría parte de la mejilla.

—¡Cierra!

—Déjalo de mi cuenta —repuso la muchacha, pero sus palabras no iban dirigidas al hombre que acababa de dar la orden.

Con firme golpe de muñeca, el pesado lienzo tornó a su lugar y la habitación desapareció de nuevo en la oscuridad.

I

—¿No cree usted que Lovecraft pudo ser homosexual?

Alberto Mas ocultó su decepción. No importa el nivel intelectual que se presuponga al asistente, al final, tras alguna pregunta de tanteo disfrazada de sesuda disquisición, asoma el pelo de la dehesa. No era la primera vez que el joven intervenía en el coloquio de aquella tarde:

«¿No es cierto que Eich Pi Ei...» —lo había remarcado así, en gráfica fonética anglosajona, ignorando tal vez que Edward Phillips Lovecraft utilizaba esa argucia infantil para firmar algunas de sus cartas—, «...fue en realidad un revolucionario de su época que desterró a muertos y aparecidos, y al

resto del panteón de terrores victorianos para, de alguna manera, dar entrada al relato *sci fi*, tan de moda por otra parte, en la literatura *pulp* del primer cuarto de mil novecientos?»

Los “de alguna manera” y “por otra parte” intercalados en el argumento cantaban que la pregunta venía preparada de casa, o que el interlocutor era un pedante, o ambas cosas a la vez. Al periodista le resultaba fácil adivinar que había leído a Llopis, o al menos a J. M. Aroca, y un par de narraciones de Lovecraft: «*En las montañas de la locura*»; «*La llamada de Cthulhu*»; «*El caso de Charles Dexter Ward*», o cualquier otra, por supuesto de entre las más difundidas del autor.

Resignación, no es tan terrible; al menos el tipo se ha tomado la molestia de hacer los deberes antes de venir.

—En realidad, no —interfolió “en realidad” para mantenerse en el nivel de quien preguntaba—. A resucitados, espectros, y demás espantajos de ultratumba, se los llevó la energía eléctrica, la «luz de noche», que decían en la época. Con ella, los fantasmas perdieron credibilidad, y contornos, revelándose abrigos tras las puertas, ensoñaciones, o juegos de luna, ramas, y viento. Fue la modernidad quien trajo de la mano la ciencia ficción.

El orador ha de mantenerse unos centímetros por encima del auditorio y dejarlo patente al ofrecer una respuesta, nunca tan prolija que raye el envanecimiento, ni tan simple que abra un espacio donde los congregados se reconozcan con conocimientos superiores a quien imparte la lección magistral. Una sonrisa indulgente y una mirada directa, sin fisuras, suelen resultar un buen preámbulo:

—Lovecraft es producto de su tiempo, como usted o yo; rédito del medio en que se educa y crece —prosiguió—. Winfield Scott Lovecraft, su padre, fue viajante de comercio, estafador y, *putero* —se le quedó en la boca— mujeriego —dijo—, contagiado de sífilis y encerrado en un hospital para enfermos mentales al degenerar su afección. Lo único bueno que hizo por su hijo fue morir cuando contaba ocho años, pero lo que le quedó al crío no tenía por qué ser mejor: Sarah Susan Phillips, señora de Lovecraft, su madre. Anabaptista, con una visión neurótica de la religión y educada con exceso de protección paterna, que vestía con ropa de niña a su hijo hasta que este, ridiculizado por los compañeros de juegos, comenzó a protestar, le inculcó la idea de que no era como los demás: «Eres feo, muy feo, y delicado como flor de invernadero». Le imbuyó la idea de que la gente —la demás gente, es decir, cualquiera no anglosajona—, era burda, animal, e indigna de relacionarse con ellos, tanto sus vecinos de Providence, en Rhode Island, su ciudad natal, como el resto del pueblo americano contaminado hasta la saciedad de orientales, hispanos, eslavos..., tan poco impregnado, en definitiva, del carácter británico.

—¿Quiere decir que Lovecraft mostraba tendencias xenófobas? —atajó el otro alarmado por el normal estrépito de un ídolo al caer.

—¿Le quedaba otra opción? La barriga crece con lo que se come.

Silencio total. El muchacho se arrepentía en público de no haber tenido en cuenta ese aspecto del escritor en su intervención. Hubiese elaborado una pregunta menos torticera que la referente a su sexualidad.

—Sólo cuando murió su madre —continuó Mas—, Howard contaba veintiocho años, su carácter se abrió al resto del mundo, al menos inmediato, viajando, dentro de su modestia, por distintas ciudades americanas: desde Québec, al norte, hasta la sureña Key West, y New Orleans por el oeste. Según palabras propias, sus favoritas fueron, Providence, naturalmente, Portsmouth; Salem y Marblehead en Massachussets. Newport; Philadelphia y Richmond, seguramente por encontrarse allí con la memoria de su admirado Poe, y la Charleston del siglo dieciocho, época por la que sentía

una especial predilección. Las ciudades de Salem y Marblehead, fueron luego las Arkham y Kingport de sus cuentos.

»Pero la muerte de su madre trajo otros efectos colaterales: la escasa renta familiar cayó tanto con la orfandad que no alcanzaba para cubrir los mínimos de subsistencia. Hubo de ponerse a trabajar pero, ¿en qué? Bajo la presión de una sospechosa salud enfermiza, Lovecraft no asistió a la Universidad, aunque la extensa biblioteca familiar y la intervención de un tío suyo, médico, le permitieron paliar en parte las previsibles secuelas de su educación. Sin oficio conocido, ni beneficio reconocible, decidió dedicarse a aquello que amaba sobre todas las cosas: sus relatos. Pero no era famoso y la celebridad tardaría en llegar, tanto, que le alcanzó después de su muerte. Tuvo que aceptar cualquier trabajo que le propusieran, siempre, eso sí, relacionado con la escritura: corrector de textos, crítico literario... Por entonces ya publicaba en revistas de aficionado y había entablado amistad con Sonia Greene, una mujer diez años mayor que él, de genio recio, en la que debió de reconocer rasgos de su desaparecida madre. Contaba Lovecraft treinta y cuatro años cuando, en 1924, contrajo matrimonio y fue a vivir a Brooklyn con Sonia. Dos años después se separarían y tres más tarde obtuvieron el divorcio...

—Eso corrobora mi teoría sobre la latente homosexualidad que destilan sus narraciones —el contertulio insistía desde su asiento.

Siempre se quedan en las últimas filas. Permanecen emboscados en espera de que otros rompan el hielo con una batería de preguntas, acaso inteligentes, y atacan cuando detectan en el invitado síntomas de agotamiento... Mas tomó un sorbo de agua de la botellita olvidada sobre la mesa. Estaba caliente. No adelantó la respuesta porque intuía que al muchacho aún le quedaban aspectos que exponer.

—La práctica inexistencia de protagonistas femeninos en sus narraciones me hacen sospecharlo... —el estudiante parecía a sus anchas concitando la atención de la concurrencia y la envidia de quienes no se sentían capaces de vencer el miedo escénico y realizar preguntas al periodista invitado por la universidad, en un ciclo de charlas-coloquio sobre realismo fantástico.

—Sus relatos suelen estar escritos en primera persona —intervino ahora—. Eso implica que el protagonista, el propio Lovecraft, debe sobrevivir para transmitir el horror padecido en la aventura. Lovecraft vivía por medio de sus personajes más allá de las opresivas fronteras de Providence. Sus narraciones eran fugas oníricas de una realidad que detestaba y en la que no se sentía representado...

—De acuerdo, de acuerdo, pero cuando las mujeres entran en sus historias, nunca salen especialmente favorecidas. ¿Me permite que le lea un fragmento, breve, claro es, de «*La sombra sobre Innsmouth*»?

Recurrencia a una obra archiconocida. Le hubiera gustado saber si el estudiante manejaba otros relatos del escritor.

—Por favor —concedió.

Se puso en pie para, con ostentación, extraer una hoja de papel plegada del bolsillo de sus vaqueros. *No tiene otras preguntas preparadas, ni recursos de improvisación a media charla... Es de agradecer.* Una mirada de soslayo a la chica que le acompañaba, creó tal seguridad en Alberto.

—«En el cuarenta y seis, el capitán Obed se casó en segundas nupcias, pero a su segunda mujer nadie la ha visto jamás... Decían que él no quería dar ese paso, pero que lo obligaron. Y esta nueva esposa le dio tres hijos; dos de ellos desaparecieron a temprana edad, pero el tercero, una niña, salió tan normal como usted o como yo, y la mandaron a estudiar a Europa. Finalmente, Obed consiguió casar a esta hija con un pobre desgraciado de Arkham que no sospechaba el pastel Ahora

sería distinto. Nadie quiere tener ya relaciones con gente de Innsmouth. Barnabas Marseh, que lleva hoy la refinería, es nieto de Obed y de su primera mujer, o sea, es hijo de Onesiphoros, el mayor de Obed, pero su madre es otra de las que nadie vio en la calle» —el joven guardó teatral silencio para que todos columbraran la importancia del párrafo de Lovecraft, pero los reunidos preferían esperar sus explicaciones:

—En las historias de Lovecraft, lo femenino no sólo carece de protagonismo, sino que, de tener alguno, forma parte de los elementos negativos de la narración. En «*La sombra sobre Innsmouth*» son ellas las portadoras de la maldición del pueblo; sus matrices, gestantes de monstruos, son las que perpetúan la descendencia abominable del inframundo marino. Además, observe, en el relato no se proporciona ni uno de sus nombres. Son el intermediario necesario para que el mal se expanda y nada más. Forman parte de la tramoya que pretende horrorizar al lector, un elemento adicional: la noche; una maldición atávica que mantiene sobrecogido al pueblo; el viento ululante; el hedor a pescado podrido, los vientres aborrecibles donde se esconde la maldad; las callejas crespas y oscuras de una ciudad portuaria carcomida por los gusanos que viven en la inmundicia... —guardó silencio. Había agotado su exposición y aguardaba el relevo salvador del ponente.

Alberto Mas pensó que tal vez aquella no fuera la mejor tarde de su vida y que parte de culpa tendría aquel aprendiz de reportero que tanta molestia se había tomado en preparar una pregunta, no por el interés de la respuesta, sino para lucirse ante la joven que lo acompañaba, pero se dijo: *merece la pena, chaval; qué carajo.*

Lo importante era que le habían pagado el viaje y la estancia en Santander, que gracias a eso podía ver a Lúa, su hija, y disfrutar de ella durante el fin de semana, y que Eulalia, su ex, había rebajado centímetros en la barrera que les separaba y accedido a verle alguna tarde. Esa tarde. Por extraño sortilegio, Lúa sentía la imperiosa necesidad de dormir en casa de una amiga, y su abuela, la madre de Eulalia, tan poco propicia en otras ocasiones, estaría visitando a sus hermanas en una localidad vecina. Buena perspectiva, como la que tenía en el salón de actos: a espaldas del molesto estudiante, el Cantábrico se perfilaba en el horizonte. El mar, el mismo que con otro nombre tanto odió Lovecraft en el occidente.

—¿Por qué cree que Cthulhu, el dios más importante, el monstruo más temido de la mitología lovecraftiana, se encuentra muerto, pero pulsante, en el abismo marino de R'lyeh, en el Pacífico, tan cerca de Ponapé?

El muchacho se anticipó. La juventud lleva implícita el pecado de la precipitación:

—¿Porque todo surgió del mar? El miedo al océano está en los genes humanos. Existen tantas leyendas de monstruos marinos que Lovecraft no puede sustraerse.

Permaneció satisfecho y feliz. Mantenía un mano a mano con el orador. Seguro que era más de lo que pensaba conseguir al llegar. *Alto, seguro, y no especialmente feo.* Tal vez pensara eso de sí, o le gustaría que creyera la chica que a su lado le ponía ojitos.

—No. Los pensamientos profundos son alimento de filósofo; a nivel de suelo la vida resulta prosaica. Lovecraft, de crío, sufrió una importante intoxicación por comer pescado en mal estado. Estuvo a las puertas de la muerte. Eso le provocó una aversión irrecuperable por el mar y cuanto de él salía.

Fue una carcajada general que el muchacho soportó con fingida entereza. En ese lapso, las miradas, antes interpretadas en términos de elogio, regresaban socarronas y su turbación se hacía patente. Al final, alzó la voz para atajar el murmullo instalado en la sala y ver la mejor manera de salvar los trastos:

—Creo que trata de eludir el tema.

—Nada más lejos de mi intención. El argumento que le presento puede hablar a su favor. Algunas intoxicaciones severas acarrear como secuela disfunciones eréctiles. Tal vez el accidente influyó en la sexualidad que usted pretende otorgarle al escritor aunque, le adelanto, no creo que sea el caso.

—¿Por qué? —el tono descarado de la pregunta mostraba una persona seriamente herida.

—Lovecraft fue educado por una madre que odiaba a su esposo y, determinada por los disgustos que le proporcionó su marido, también al único fruto de su relación con él. Hablamos de una mujer que vivía la existencia como una condena ineludible, que se ayudaba para sobrellevarla de unas creencias religiosas exacerbadas hasta lo insano. Al muchacho se le inculcó que la sexualidad era algo pecaminoso y detestable, propio de animales, a la que había que acceder sólo para cumplir una necesidad procreadora... Y Lovecraft no sentía esa necesidad por lado alguno. El efecto secundario inevitable fue que, independiente de su género, le asqueara cualquier tipo de actividad sexual.

—La sexualidad en la adolescencia forma parte del desarrollo hormonal. Es difícil luchar contra eso por mucha moral victoriana que se le oponga.

El alevín de reportero se defendía como gato acorralado. Acaso no le había tenido en la consideración que debiera. Le recordaba a su hija. Algo similar a un sentimiento culpable comenzó a instalársele en la boca del estómago.

—Sí; hemos adquirido el vicio perverso de analizarlo todo. Hasta a los sentimientos les descubrimos una motivación química, y el hombre se vuelve cada vez más prisionero de su animalidad. Mire, le propongo esto: sea condescendiente conmigo y concédame, y concédase, tablas: nunca se ha demostrado que Lovecraft mantuviera algún tipo de relación sexual; sencillamente, no le interesaba el sexo. Por educación o por envenenamiento, que en definitiva viene a ser lo mismo. Lo dejamos ahí.

Falto de argumentos, el muchacho se alzó de hombros, dedicó una sonrisa victoriosa a su acompañante y recobró el asiento.

Junto a Mas, el moderador, que hasta ese instante no se había ganado la paga, tomó la palabra para talar el bosque de manos alzadas que florecía en la sala.

—Si desean que don Alberto Mas, o sus homónimos literarios, Albert Thomas y Marcus Benet, nos dediquen una nueva tarde antes de terminar los ciclos de verano, solicítelo en Secretaría. Veremos la manera de compatibilizar peticiones y disponibilidad, pero hoy hemos sobrepasado el tiempo que nos tenía comprometido y este coloquio, aunque muy interesante, debemos darlo por concluido. Aunque, confiando en su amabilidad —el hombre dedicó al periodista una mirada cómplice para la que éste no encontró motivo—, le solicitaremos que firme los ejemplares de sus novelas que hayan traído consigo.

Algún integrante de la organización prorrumpió en aplausos y la sala fue tras él. Acto seguido, ante la mesa se formó una mediana hilera, *mayoría femenina*, advirtió, portadora de volúmenes escritos por Albert Thomas. El resto abandonó el recinto al encuentro de los atractivos de una ciudad que comenzaba a encender sus farolas, o de obligaciones inminentes. Contó a vista alzada la fila humana y se dijo que la cena con Eulalia se iba a retrasar.

No había reparado en la muchacha y tampoco entonces lo hubiera hecho de no ser por su extravagante conducta al final del hormiguero. Parecía poseer un especial interés por permanecer en último lugar, cediendo de inmediato su puesto a cualquiera que llegase.

—¿Está basada en hechos reales?

La voz masculina le tomó por sorpresa. El chico le tendía un ejemplar de su última novela con una sonrisa colgada de los labios.

—Disculpe; no me encontraba aquí.

—Le preguntaba si *En el nombre de los hombres* surge como resultado de una investigación.

Es prerrogativa del alma inquieta conocer qué hay más allá de lo evidente, por eso quien tenía ante sí merecía otra cosa que una respuesta de conveniencia. Resulta gratificante encontrarse con alguien que, sin ser una maravilla, deje caer preguntas distintas de: «¿A qué hora escribe usted?» «¿Cuánto tarda en ‘hacer’ una novela?», o «¿Prefiere el ordenador a la estilográfica?»

—¿Cómo se llama?

—Laurencio; por culpa de mi abuelo —bromeó.

Alberto escribió en la página de créditos: «Amigo Laurencio, la fantasía siempre es una mirada miope hacia la realidad. La punta de su iceberg».

El chico agradeció la deferencia estrechándole la mano y huyó de la sala intentando descifrar el grimorio oculto en la dedicatoria, aunque más por dificultad de interpretar una caligrafía diminuta y estilizada, que por la profundidad del pensamiento recogido.

—Tengo que hablar con usted, pero ahora me urgen otras obligaciones —el moderador, carpeta bajo el brazo y una poco cuestionable prisa, justificaba su retirada. Mas le tendió la mano en la misma forma apresurada que el otro había calculado, y tornó a la ocupación. Fue media hora después cuando se topó con las pupilas azules de la última integrante de la fila.

—¿Me puede dedicar diez minutos?

La chica se había plantado ante él con la mirada expectante y ambos brazos cruzados sobre su bolso de bandolera. No llevaba novela alguna en las manos.

Por lo general, el público que acude a una firma de libros es gente encantadora: lectores, o futuros lectores, amigos, y transeúntes que deciden dedicar un poco de su tiempo a divertirse con las carencias del autor pero, a veces también, se presentan individuos excéntricos con los que la prudencia aconseja mantener un cierto distanciamiento. Alberto no poseía datos objetivos con que catalogar a la chica que tenía delante, pero la forma de presentarse no era habitual.

—Tengo compromisos previos —alegó a la defensiva—. Me temo que...

—Discúlpeme —atajó ella antes de que una excusa invalidara su petición—. Me llamo Rebeca. Rebeca da Silva. Vengo desde Madrid para hablar con usted. Vi el anuncio de su conferencia en el programa de actos del Colegio Mayor...

—Y tanta molestia espera recompensa, es lo que quiere decir —la chica asintió en medio de un parpadeo confuso—. Diez minutos no parecen tanto cuando a uno le sobra el tiempo —prosiguió—, pero no en este momento.

Alberto extrajo de su bolsa de mano la pequeña libreta con membrete escamoteada en el hotel, y anotó un número de habitación y una hora. Con el billete en la mano, la expresión de la muchacha cayó en el desencanto.

—Doy por hecho que viene a verme de buena voluntad, supóngame otro tanto.

No acceder en el primer contacto es una técnica básica. Por lo general, si el motivo que ocupa a la visita no es importante, la demora ofende al punto de no insistir y el desaliento convierte la cita en humo.

—Ahora, si me lo permite... —el periodista señaló en derredor. Se encontraban solos en el salón de actos, aunque junto a la puerta permaneciera algún estudiante con una batería de dudas surgidas en el último instante.

Se puso en pie y ella no hizo por retenerle. No parecía persistente; era de agradecer.

Eulalia había mejorado con el tiempo y la distancia o, al menos, ésa era la sensación que le producía verla de nuevo al otro lado de la mesa preparada para agradecer. Ambas, ella y la mantelería. No habría candelabros —Eulalia detestaba los estereotipos—, ni flores junto a los cubiertos, pero un enigmático ikebana de alambre y ramas secas, le hizo sospechar que el servicio de mesa se había montado de forma singular. Tampoco su vestido parecía casual, resultaba sobrio y elegante, como su manera de moverse en la vida —él la veía así desde que no compartían casa—, pero, sobre todo, se sentía halagado por el detalle de moderar una cena que no había preparado. Eulalia podía haber mejorado porque los años hacen que la belleza que pierde el cuerpo la asuma la zozobra del admirador pero, con seguridad, sentiría el mismo desinterés por la cocina que en sus años de matrimonio. Antes que su mano, adivinaba la de su madre en aquella lubina marinada acorralada contra la guarnición de verduras hervidas que ocupaba la bandeja.

Las sospechas de Alberto poseían fuertes cimientos: Eulalia nunca se hubiera tomado la molestia de preparar un plato como ése. Su madre política lo habría escogido sabiendo que su antiguo yerno no soportaba el pescado de no pasar por el fuego un tiempo prudencial. El toque decorativo trataba de emular un restaurante japonés, y un sushi que él era incapaz de adorar.

Su ex habría elegido el vino: malvasía seco de Lanzarote. Quizá no el mejor para acompañar un pescado en tierra de buenos caldos, pero combinaba con la presunta atmósfera exótica de la velada. Mantener una cena con visos de romanticismo, batallando con el desencanto y las heridas que dejan las rupturas, es algo impensable a menos que en el periodo entre las visitas al abogado y el día de la cita, haya ocurrido algo trascendente que entibie los recuerdos y las cicatrices de una relación que se presiente acabada.

Fue por motivo, que no culpa, de Lúa. Y tampoco de ella en concreto, sino de unas células juveniles que se habían impuesto un patrón de desarrollo inhabitual en un cuerpo de dieciséis años. Los médicos intervinieron con tanto acierto que el tiempo que la enfermedad de su hija les había forzado a la convivencia dejaba en el recuerdo un poso denso y agradable, imprescindible para que la cena que celebraban ahora no estuviese fuera de lugar.

—Espera... —Eulalia regresó de la cocina con una bandejita y depositó sobre el pescado de su ex marido unas tiras de pimiento de piquillo que convencieron a Alberto de un par de cosas: que ella recordaba, y respetaba, su aversión por el pescado poco cocinado, y que habría discutido con su madre por la elección del menú. Cosas ambas de agradecer.

—Lúa se queda a estudiar en casa de una amiga. Me preocupan sus notas. Tu hija...

Conversación familiar, hogareña, intimista, como de pareja que celebra su aniversario pero no puede evitar referirse al transcurrir cotidiano.

—No ha perdido ningún curso.

—Este es el primero, y no quiero tener que acostumbrarme.

—Lo ha pasado mal. No creo que hace unos meses, ni a ella ni a nosotros nos importara otra cosa que no fuera su salud.

—Dieciocho, Berto; ya ha transcurrido año y medio. Tendrá que reaccionar alguna vez. La vida sigue y debe domar esa especie de éxtasis visceral con que justifica todos sus actos. Hay un chico detrás de ella, pero Lúa le tiene echado el ojo a otro...

Alberto sonrió mientras escanciaba vino en las copas.

—Forma parte de la vida: el acné; los ídolos; los desengaños amorosos, y los servidores de telefonía forrándose con los adolescentes.

—Desatiende los estudios y no lo voy a permitir. No la defiendas tú.

—Es mi papel. La forma fácil de llevarse bien con un hijo es consentirle, y yo convivo con ella un mes al año.

—¿Me estás reprochando algo?

—A estas alturas, qué podría.

—Nada, desde luego.

Tenía razón. Exceptuando algún lapso temporal como el nacimiento de la niña, su convivencia no fue la que anhelan dos personas que abandonan todo para vivir juntas. Un matrimonio prematuro; eran dos críos casi cuando quisieron ver en el otro la prolongación de sus sueños. Luego, la vida fluye y llegan los desencantos y los desencuentros. La culpa nunca es de uno sólo, pero siempre es el otro quien falla y no hace algo por salvar los trastos en el naufragio.

—Felicitas a tu madre, la lubina debe de estar deliciosa.

—Ella va por libre. Tenéis un carácter similar. Habíamos pactado bonito a la sal y se ha descolgado con esto. Bueno, al menos te obsequia con una de sus especialidades. Me gustaría que os llevarais mejor.

—Y nuestra relación, ¿cómo te gustaría que fuera?

—Hay parejas separadas que se llevan peor.

—Ésa no es la pregunta.

—Ya.

—¿Eludes contestar?

Ella se recogió un mechón de cabello liberando un destello en el pendiente, y apartó el plato en busca del paquete de tabaco.

—¿Quieres café? —se defendió tras la primera bocanada de humo.

Regresó con una cafetera pequeña y una bandeja de servicio. Alberto aún esperaba y ella se tomó el tiempo de servir las tazas.

—Tal vez no tenga una respuesta.

—Carecería de sentido esta cena para dos en la que todos parecen haberse quitado de en medio. No; hay algo más. Lúa estaría encantada de que volviéramos, y tu madre está cediendo terreno. No tengo que esperar a beber el café para adivinarlo en los posos.

—Ellas también cuentan, claro, pero el error sería sólo mío.

—¿En calidad de qué estoy aquí?

Una voluta agónica surgió del cigarrillo cuando Eulalia lo apagó en el cenicero.

—Supongo que eres el mejor plan que me ha salido en los últimos tiempos —rió desencantada—; o tal vez sea..., que en ocasiones te echo de menos —su voz se había vuelto un susurro.

Alberto se puso en pie y rodeó la mesa. Le besó el cabello.

—Continúas utilizando el mismo jabón de baño —musitó enterrado en él.

—Soy una mujer básicamente fiel. Deberías recordarlo.

Aquello requería de mucha matización. La punzada que le produjo la respuesta le indicaba que no todas las heridas estaban cicatrizadas, en ninguno de los dos. Cejó en el contacto y Eulalia se deshizo del abrazo.

—Pensaba que esta cena prepararía el regreso a casa —se revolvió él a la defensiva.

—Es prematuro; allí conozco lo que me espera. Lúa tiene organizada su vida, y yo a mi madre cerca. La galería de arte funciona sin grandes problemas... Volver me da miedo; necesito tiempo... Además, está *Lolita*.

Era eso. Eulalia intuía que entre Daniela y él existía algo más que una relación laboral, y aunque antaño fue cierta, se había resuelto en un agradable recuerdo, en un vacío instantáneo cuando coincidían en la redacción de *Arcano*. Un gesto, una palabra suya, y Daniela, le abriría de nuevo las puertas de su casa, eso le gustaba pensar, pero ella procuraba evitarle. En alguna ocasión la había descubierto remoloneando ante un escaparate en Gran Vía, dando tiempo para no coincidir con él en el ascensor.

Los veinticuatro años de Daniela lucían en un cuerpo que hacía volver la mirada a más de uno. Y le estaban esperando, aunque no por mucho tiempo. El año anterior había terminado sus estudios de Psicología y continuar haciendo fotografías para *Arcano* no entraba en sus planes de futuro. Tal vez Eulalia llevara eso calculado y aguardaba sin terminar de cortar la cuerda que les unía. Tan enrevesada era.

—Tu *Lolita* y yo trabajamos para la misma revista. No tengo forma de evitar, ni quiero, una charla casual o una cerveza en el bar de abajo, lo demás es agua pasada. Imagino que ella tendrá otra relación.

—No; no la tiene, o tú no hubieras desaprovechado la ocasión de defenderte con ello.

—Eres demasiado complicada para mí.

—La vida es complicada, Berto; yo sólo trato de mantener la cabeza fuera del agua —*Berto*. Le había llamado así varias veces. Su ex mujer abría huecos en las defensas, y no quería discutir aquella noche. Él, que al día siguiente tendría que regresar a Madrid rumiando su soledad cotidiana, tampoco; ¿qué hacía su orgullo presentando pelea ante quien no la buscaba? —Tú conoces la ciudad —le musitó al oído—; llévame a algún lugar donde podamos estar a solas.

La besó y ella volcó todo su afecto en la forma de devolverle la caricia.

—Ya estamos solos —musitó Eulalia. No era del todo cierto.

—¿Todavía por aquí?

Se volvieron sobresaltados. Ajenos a cuanto les rodeaba, no oyeron la llave hurgando en la cerradura de la calle y ahora Lúa, entre apurada y divertida, les observaba desde la entrada del salón.

—Vale, lo siento; me largo otra vez. No he tenido en cuenta que los mayores necesitáis tiempo para vuestras cosas. Sois lentos de reflejos, habláis despacio y..., bueno, que los años no pasan en balde.

Eulalia, azorada, se compuso el vestido como joven de regreso a casa y, molesta por la intromisión, se volvió hacia su hija.

—Creí que hoy dormías en casa de Marta —le reprochó, porque así fue la forma en que quería que sonase.

—Esa chica está p'allá. Quedamos para estudiar, ¿y sabéis qué quería hacer?

—¿Qué?

—Estudiar.

—Tu amiga es la coherencia en persona —intervino el padre ganando tiempo para que a Eulalia le desapareciese el enfado.

—Tonta es lo que es. Para un rato que podemos pasar despellejando a las amigas, quiere ponerse a mirar libros... ¡Estamos en verano, por favor!

—Me ha dicho tu madre que tienes problemas con los estudios. Tú y yo tenemos una conversación pendiente sobre el tema.

—¿Ahora? —rió ella con intención—. Hace una noche espléndida, la luna brilla sobre un lago de plata, tienes una mujer guapísima cogida por la cintura..., ¿y quieres que nos enzarcemos en un desencuentro fraterno-filial? Venga, padre; Frankenstein resulta más romántico que tú.

—Lúa, sacar partido a las situaciones es una cosa y otra distinta abusar como pretendes.

La muchacha dedicó a su progenitor una sonrisa que le dejó inerme y sin palabras. Fue Eulalia quien, como siempre, dio por resuelto el incidente. En ese momento regresaba calzándose el sobretodo de su vestido.

—Nos vamos a dar un paseo. Cuando regrese, quiero ver la mesa recogida y a ti con los codos clavados ante los libros de texto.

La joven, maliciosa, asintió:

—No creo que pueda mantenerme despierta hasta mañana, pero trataré de complacerte — luego, sin dar opción a réplica, abrazó a su padre apretando la mejilla contra su pecho—: Cuídamela bien, eh. Es un poco gruñona, pero no tenemos otra. Nunca va a reconocer que ha preparado la cena con sus propias manitas.

Embustera y manipuladora. La chica sabía hurgar en la caja de los sentimientos.

—Tu abuela has sido la directora.

—Eso le da más mérito, ¿no te parece?

—¿Nos vamos? —los trucos emocionales de su hija hacía tiempo que ya no funcionaban con Eulalia, pero Lúa tenía razón: Abajo, en el paseo, el cielo despejado y la brisa marina se habían confabulado para convertir la noche en un tránsito apacible y conciliador. *Santander, bajo la luz de la luna, no es cualquier cosa*, rió sin palabras. Iban de la mano. ¿Cuándo había sido la última vez?

—Conozco un hotel. No está lejos.

—Maravillosa idea —atajó Alberto, y ella jugó a ruborizarse.

—No seas bobo. En los bajos tiene un piano-bar donde podemos charlar y tomar una copa sin que irrumpa Lúa como una horda de hunos —aclaró antes de facilitar la dirección. Alberto le pasó el brazo sobre los hombros:

—Me encanta el lugar. No podías elegir uno mejor.

—¿Lo conoces?

—No, pero justo encima está mi habitación.